



PRIMEROS PASOS

¿CÓMO SE LEE UN CUENTO?

Abraham Valdelomar

**EL CABALLERO
CARMELO**

Lima - 2007

EL CABALLERO CARMELO

Abraham Valdelomar



I

Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer, desde la reja, en el fondo de la plazoleta, un jinete en bellissimo caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, *sanpedrano pellón* de sedosa cabellera negra, y henchida alforja, que picaba espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor, que años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

–¡Roberto! ¡Roberto!

Entró el viajero al empedrado patio donde el ñorbo y la campanilla enredábanse en las columnas como venas en un brazo, y descendió en los de todos nosotros. ¡Cómo se regocijaba mi madre! Tocábalo, acariciaba su tostada piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia y llegó al jardín:

–¿Y la higuera? – dijo:

Buscaba, entristecido, aquel árbol cuya semilla sembrara él mismo antes de partir. Reímos todos:

–¡Bajo la higuera estás!...

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina. Tocóle mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rozaban la cara y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebosante; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas tan ricas! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blancos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chinchá Baja; bizcochuelos, en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de piedra de Guamanga tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al entregárnoslo:

–Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor..

–¿Y para papá? –le interrogamos, cuando terminó:

–Nada...

–¿Cómo? ¿Nada para papá?...

Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo:

–¡El Carmelo!

A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

–¡Cocorocóooo!...

–¡Para papá! –dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia ya pasada, a quien acaeciera historia digna de relato; cuya memoria perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.

II

Amanecía, en Pisco, alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el frescor del alba, en el radiante despertar del día, sentíamos los pasos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Marchábase éste a la oficina. Despertaba ella a la criada. Chirriaba la puerta de la calle con sus mohosos goznes; oíase el canto del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la mañana, la alegría sana de la vida. Después mi madre venía a nosotros, nos hacía rezar, arrodillados en la cama con nuestras blancas camisas de dormir; vestíanos luego, y, al concluir nuestro tocado, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba éste a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mi madre, que llegaba todos los días, a la misma hora, con el pan calentito y apetitoso, montado en su burro, detrás de los dos capachos de cuero, repletos de toda clase de pan: hogazas, pan francés, pan de mantecado, rosquillas...

Madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana Jesús, lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de hule brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban. Volaban las palomas, picoteábanse las gallinas por el grano, y entre ellas, escabullíanse los conejos. Después de su frugal comida, hacían grupo alrededor nuestro. Venía hasta nosotros la cabra, refregando su cabeza en nuestras piernas; piaban los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos, con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida; los

patitos, recién sacados, amarillos como yema de huevo, trepaba en un *panto* de agua; cantaba desde su rincón, entrabado, el Carmelo; y el pavo, siempre orgulloso, alharaquero y antipático, hacía por desdeñarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían, por lo bajo, comentarios sobre la actitud poco gentil del petulante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapóse del corral el Pelado, un pollón sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de diez y siete años, flacos y golosos. Pero el Pelado, a más de eso, era pendenciero y escandaloso, y aquel día mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, habíase encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo tratóse de suprimirlo, y, cuando mi padre supo sus fechorías, dijo, pausadamente:

–Nos lo comeremos el domingo...

Defendiólo mi tercer hermano, Anfiloquio, su poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el Carmelo todos miraban mal al Pelado, que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y de la sangre fina.

–¿Cómo no matan -decía en su defensa del gallo- a los patos que no hacen más que ensuciar el agua, ni al cabrito que el otro día aplastó un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y sólo sabe comer y gritar, ni a las palomas que traen la mala suerte?

Se adujo razones. El cabrito era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban; además, no estaba comprobado que hubiera muerto al pollo. El puerco mofletudo había sido

criado en casa desde pequeño. Y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota blanca, subíanse a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darlo a sus polluelos.

El pobre Pelado estaba condenado. Mis hermanos pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran valiosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano y su señor, de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir la *sandía* inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Levantóse mi madre, acercóse al muchacho, lo besó en la frente, y le dijo:

–No llores; no nos lo comeremos...

III

Quien sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila, vecina a la Estación y torna por la calle del Castillo que hacia el sur se alarga, encuentra, al terminar una plazuela, donde quemaban a Judas el Domingo de Pascua de Resurrección, desolado lugar en cuya arena verdeguean a trechos las malvas silvestres. Al lado del poniente, en vez de casas, extiende el mar su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda orilla.

Termina en ella el puerto y, siguiendo hacia el sur, se va, por estrecho y arenoso camino, teniendo a diestra el mar y a izquierda mano angostísima faja, ora fértil, ora infecunda, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a oriente, extiéndese el desierto cuya entrada vigilan de trecho en trecho, corno centinelas, una que otra palmera desmedrada, alguna higuera nervuda y enana y los toñuces siempre coposos y frágiles. Ondeada en el terreno la hierba del alacrán, verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez, bermeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras únense en pequeños grupos, tal como lo hacen los peregrinos al cruzarlo y, ante el peligro, los hombres.

Siguiendo el camino, divísase en la costa, en la borrosa y vibrante vaguedad marina, San Andrés de los Pescadores, la aldea de sencillas gentes, que eleva sus casuchas entre la rumorosa orilla y el estéril desierto. Allí las palmeras se multiplican y las higueras dan sombra a los hogares tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera caducado; que bastante castigo recibió la que sostuvo en sus ramas al traidor, y todas sus flores dan fruto que al madurar revientan.

En tan peregrina aldea, de caprichoso plano, levántanse las casuchas de frágil caña y estera leve, junto a las palmeras que a la puerta vigilan; limpio y brillante, reposando en la arena blanda sus caderas amplias, duerme, a la puerta, el bote pescador, con sus velas plegadas, sus remos tendidos como tranquilos brazos que descansan, entre los cuales yace con su muda y simbólica majestad, el timón grácil, la culebra que achica el agua mar afuera y las *sogas* retorcidas como serpientes que duermen. Cubre, piadosamente, la pequeña nave, cual blanca mantilla, la pescadora red circundada de caireles de liviano corcho.

En las horas de medio día, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la nave, teje la red el pescador abuelo; sus toscos dedos añudan el lino que ha de enredar al sorprendido pez; raspa la abuela el plateado lomo de los que la víspera trajo la nave; saltan al sol, como chispas, las escamas, y el perro husmea en los despojos. Al lado, en el corral que cercan enormes huesos de ballenas, trepan los chiquillos desnudos sobre el asno pensativo, o se tuestan al sol en la orilla; mientras, bajo la ramada, el más fuerte pule un remo; la moza, fresca y ágil, saca agua del pozuelo y las gaviotas alborozadas recorren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote duerme el hombre del mar, el fuerte mancebo embriagado por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorillas cruzadas, y en cuyos duros pies de redondos dedos, piérdense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el aire y el sol, la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila, y el fuerte pecho desnudo que se levanta

rítmicamente, con el ritmo de la Vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Por las calles no transitan al medio día las personas y nada turba la paz en aquella aldea, cuyos habitantes no son más numerosos que los dátiles de sus veinte palmeras. Iglesia ni cura habían, en mi tiempo, las gentes de San Andrés. Los domingos, al clarear el alba, iban al puerto, con los jumentos cargados de corvinas frescas y luego, en la capilla, cumplían con Dios. Buenas gentes, de dulces rostros, tranquilo mirar, morigeradas y sencillas, indios de la más pura cepa, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca, atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oráculo del buen Pachacamac, con la ofrenda en la alforja, la pregunta en la memoria y la Fe en el sencillo espíritu.

Jamás riña alguna manchó sus claros anales; morales y austeros, labios de marido besaron siempre labios de esposa; y el amor, fuente inagotable de odios y maldecires, era entre ellos, tan normal y apacible como el agua de sus pozos. De fuertes padres, nacían, sin comadronas, rozagantes muchachos, en cuyos miembros la piel hacía gruesas arrugas; aires marinos henchían sus pulmones, y crecían sobre la arena caldeada, bajo el sol ubérrimo, hasta que aprendían a lanzarse al mar y a manejar los botes de piquete que, zozobrando en las olas, les enseñaban a domeñar la marina furia.

Maltones, musculosos, inocentes y buenos, pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco unía a las parejas que formaban un nuevo nido, compraban un asno y se lanzaban a la felicidad, mientras las tortugas centenarias del hogar paterno veían desenvolverse, impasibles, las horas; filosóficas, cansadas y pesimistas, mirando con llorosos ojos desde la playa, el mar, al cual no intentaban volver nunca; y al crepúsculo de cada día, lloraban, pero hundido el sol, metían la cabeza bajo la concha poliédrica y dejaban pasar la vida llenas de experiencia, sin Fe, lamentándose siempre del perenne mal, pero inactivas, inmóviles, infecundas, y solas...

IV

Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso, justiciero y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendido color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora, acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasoles, su cuerpo de color caramelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes que estacas musulmanas y agudas defendían, cubiertas de escamas, parecían las de un armado caballero medioeval.

Una tarde, mi padre, después del almuerzo, nos dio la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el Carmelo, cuyo prestigio era mayor que el del alcalde, no era un gallo de raza. Molestóse mi padre. Cambiáronse frases y apuestas; y aceptó. Dentro de un mes toparía el *Carmelo* con el *Ajiseco* de otro aficionado, famoso gallo vencedor, como el nuestro, en muchas lides singulares. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El Carmelo iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros, ¿por qué aquella crueldad de hacerlo pelear? ...

Llegó el terrible día. Todos en casa estábamos tristes. Un hombre había venido seis días seguidos a preparar al Carmelo. A nosotros ya no nos permitían ni verlo. El día 28 de julio, por la tarde, vino el preparador y de una caja llena de algodones sacó una medialuna de acero con unas pequeñas correas: era la navaja, la espada del soldado. El hombre la limpiaba, probándola en la uña, delante de mi padre. A los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica, sacaron al gallo que el hombre cargó en sus brazos como a un niño. Un criado llevaba la cuchilla y mis dos hermanos le acompañaron.

–¡Qué crueldad! –dijo mi madre.

Lloraban mis hermanas, y la más pequeña, Jesús, me dijo en secreto, antes de salir:

–Oye, anda junto con él... Cuídalo... ¡Pobrecito!...

Llevóse la mano a los ojos, echóse a llorar y yo salí precipitadamente y hube de correr unas cuadras para poder alcanzarlos.

V

Llegamos a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta. Banderas peruanas agitábanse sobre las casas por el día de la Patria, que allí sabían celebrar con una gran jugada de gallos a la que solían ir todos los hacendados y ricos hombres del valle. En ventorrillos, a cuya entrada había arcos de sauce envueltos en colgaduras, y de los cuales pendían alegres quitasueños de cristal, vendían *chicha de bonito*, *butifarras*, pescado fresco asado en brasas y anegado en cebollones y vinagre. El pueblo los invadía, parlanchín y endomingado con sus mejores trajes. Los hombres de mar lucían camisetas nuevas de horizontales franjas rojas y blancas, sombreros de *junco*, alpargatas y pañuelos anudados al cuello.

Nos encaminamos a la cancha. Una frondosa higuera daba acceso al circo, bajo sus ramas enarcadas. Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló. Al frente estaba el juez y a su derecha el dueño del paladín *Ajiseco*. Sonó una campanilla, acomodáronse las gentes y empezó la fiesta. Salieron por lugares opuestos dos hombres, llevando cada uno un gallo. Lanzáronlos al ruedo con singular ademán. Brillaron las cuchillas, miráronse los adversarios, dos gallos de débil contextura, y uno de ellos cantó. Colérico respondió el otro echándose al medio circo; miráronse fijamente; alargaron los cuellos, erizadas las plumas, y se acometieron. Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la muchedumbre, y a los pocos segundos de jadeante lucha, cayó uno de ellos. Su cabecita afilada y roja, besó el suelo, y la voz del juez:

–¡Ha enterrado el pico, señores!

Batió las alas el vencedor. Aplaudió la multitud enardecida, y ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo. La primera jornada había terminado. Ahora entraba el nuestro: el Caballero Carmelo. Un rumor de expectación vibró en el circo:

–¡El *Ajiseco* y el *Carmelo*!

–¡Cien soles de apuesta!...

Sonó la campanilla del juez y yo empecé a temblar.

En medio de la expectación general, salieron los dos hombres, cada uno con su gallo. Se hizo un profundo silencio y soltaron a los rivales. Nuestro *Carmelo* al lado del otro era un gallo viejo y achacoso; todos apostaban al enemigo, como augurio de que nuestro gallo iba a morir. No faltó aficionado que anunciara el triunfo del *Carmelo*, pero la mayoría de las apuestas favorecía al adversario. Una vez frente al enemigo, el *Carmelo* empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente. El otro, que en verdad no parecía un gallo fino de distinguida sangre y alcurnia, hacía cosas tan petulantes cuan humanas: miraba con desprecio a nuestro gallo y se paseaba como dueño de la cancha. Enardecieronse los ánimos de los adversarios, llegaron al centro y alargaron sus erizados cuellos, tocándose los picos sin perder terreno. El *Ajiseco* dio la primera embestida; entablóse la lucha; las gentes presenciaban en silencio la singular batalla y yo rogaba a la Virgen que sacara con bien a nuestro viejo paladín.

Batíase él con todos los aires de un experto luchador, acostumbrado a las artes azarosas de la guerra. Cuidaba poner las patas armadas en el enemigo pecho, jamás picaba a su adversario –que tal cosa es cobardía– mientras que éste, bravucón y necio, todo quería hacerlo a aletazos y golpes de fuerza. Jadeantes, se detuvieron un segundo. Un hilo de sangre corría por la pierna del *Carmelo*. Estaba herido, mas parecía no darse cuenta de su dolor.

Cruzáronse nuevas apuestas en favor del *Ajiseco* y las gentes felicitaban ya al poseedor del menguado. En su nuevo encuentro, el *Carmelo* cantó, acordóse de sus tiempos y acometió con tal furia que desbarató al otro de un solo impulso. Levantóse éste y la lucha fue cruel e indecisa. Por fin, una herida grave hizo caer al *Carmelo*, jadeante...

–¡Bravo! ¡Bravo el *Ajiseco*! –gritaron sus partidarios, creyendo ganada la prueba.

Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha y con acuerdo de cánones dijo:

–¡Todavía no ha enterrado el pico, señores!

En efecto, incorporóse el *Carmelo*. Su enemigo, como para humillarlo, se acercó a él, sin hacerle daño. Nació entonces, en medio del dolor de la caída, todo el coraje de los gallos de Caucato. Incorporado el *Carmelo*, como un soldado herido, acometió de frente y definitivo sobre su rival, con un estocada que lo dejó muerto en el sitio. Fue entonces cuando el *Carmelo* que se desangraba, se dejó caer, después que el *Ajiseco* había enterrado el pico. La jugada estaba ganada y un clamoreo incesante se levantó en la *cancha*. Felicitaron a mi padre por el triunfo, y, como esa era la jugada más interesante, se retiraron del circo, mientras resonaba un grito de entusiasta:

–¡Viva el *Carmelo*!

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo condujimos a casa, atravesando por la orilla del mar el pesado camino, y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador que desfallecía.

VI

Dos días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados. Mi hermana Jesús y yo, le dábamos maíz, se lo poníamos en el pico; pero el pobrecito no podía

comerlo ni incorporarse. Una gran tristeza reinaba en la casa. Aquel segundo día, después del colegio, cuando fuimos yo y mi hermana a verlo, lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar. Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos, le poníamos en el pico rojos granos de granada. De pronto el gallo se incorporó. Caía la tarde y, por la ventana del cuarto donde estaba, entró la luz sangrienta del crepúsculo. Acercóse a la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo largo rato en la contemplación del cielo. Luego abrió nerviosamente las alas de oro, enseñoreóse y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomóse, y estiró sus débiles patitas escamosas y, mirándonos, mirándonos amoroso, expiró apaciblemente.

Echamos a llorar. Fuimos en busca de mi madre, y ya no lo vimos más. Sombría fue la comida aquella noche. Mi madre no dijo una sola palabra y, bajo la luz amarillenta del lamparín todos nos mirábamos en silencio. Al día siguiente, en el alba, en la agonía de las sombras nocturnas, no se oyó su canto alegre.

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez: el *Caballero Carmelo*, flor y nata de paladines y último vástago de aquellos gallos de sangre y raza, cuyo prestigio unánime fue orgullo, por muchos años, de todo el verde y fecundo valle de Caucato.

Obras completas / Abraham Valdelomar; edición, prólogo, cronología, iconografía y notas de Ricardo Silva Santisteban. -- Tomo II. -- Lima: Petróleos del Perú, 2000.-- pp. 135-145.

HERRAMIENTAS SENCILLAS PARA COMPRENDER UN TEXTO

Durante decenios, en nuestro país se han aplicado diversos y complicados sistemas de enseñanza de lectura y aprendizaje escolar, con los resultados catastróficos de todos conocido. Promociones enteras de peruanos han pasado por las aulas, privadas y públicas, sin por ello acceder al más elemental nivel de comprensión en la lectura de textos corrientes.

Sin embargo, es de todos sabido, que en los niños de nuestra especie “homo sapiens” hay un momento en que se pasa del pensamiento concreto de los sentidos al pensamiento abstracto. Ese tránsito no es algo natural sino cultural, vale decir, los niños ganan lentamente su conocimiento del mundo por un generalizado proceso de autoconstrucción, en el que intervienen la familia y el medio social; pero, por otra parte, ese salto mental se adquiere, no es hereditario sino social, y depende de las prácticas sociales a las que tengan acceso en la escuela. El hábito del entendimiento se aprende en las aulas, hábito decisivo que le permitirá acceder, más tarde, al sistema de reglas lógico-científicas del saber humano. Sea cual fuese el campo profesional o artístico al que se dedique. Hay que entender, de una vez por todas, que la costumbre del razonamiento, la autorreflexión y la experiencia directa en un niño, es un proceso que se produce entre los seis años y aquellos de la pubertad. O no se produce nunca. Esclavo de lo concreto, le serán negados para siempre los objetos hipotéticos y el mundo de lo imaginario.

Para preparar este concurso, la Biblioteca Nacional del Perú, publica una colección, llamada «Primeros Pasos». En efecto, esta es la primera entrega de la que será una colección (y de lectura de textos en prosa, no únicamente textos literarios). Publicamos ahora un relato conocido de Abraham Valdelomar, «El Caballero Carmelo». Lo que acaso sorprenda es la sencillez de la explicación que acompaña al cuento mismo; el llamado, por parte de los editores, a ejercicios simples, pero necesarios. Este tipo de enseñanza que exige del lector infantil prestar algo de atención al método de trabajo,

no es distinto de los que se utilizan en otras sociedades, otras naciones y otras culturas. Se lee al comienzo de la vida por placer y de un tirón. Pero hay que decirles a los pequeños que se vuelve a leer para preparar el comentario, siguiendo el orden de los párrafos, identificando los personajes, el centro de la intriga o el drama humano de la historia contada. Por eso, cada texto invita a que se responda a cuestiones sencillas, que no cierran sino abren paso a la opinión personal. Todos esos pasos o caminos –eso es un método– se practican corrientemente en otras lenguas, otros países, y también en castellano, en la vasta comunidad de la lengua, entre nuestros vecinos latinoamericanos. Pero se han dejado de practicar en nuestro país.

Señalamos esa escandalosa negligencia, sin entrar a indagar por sus causas. Observemos, brevemente, sus inmediatas consecuencias. Nadie se sorprenda que, sabiendo leer, millones de peruanos no lean. Eso se aprende en las aulas, de pequeños, y combinando el placer del texto con la práctica de la lectura que observa el texto como algo que se puede comprender, es decir, entender, fraccionar, trabajar, criticar.

Por todas esas razones y ante la temible circunstancia del estado crítico de la lectura en el país, la Biblioteca Nacional del Perú convoca su primer concurso de comprensión (sencilla) de textos escritos, al que seguirán otros, que no necesariamente girarán alrededor de la explicación de un texto literario, sino de lo que podemos ir llamando, **textos argumentativos**. Bien mirado, debe entenderse que esta salvedad permite dar a conocer nuestro objetivo: la práctica de la lectura con algo de método, apuntando a los textos de prosa escrita; abarca todo tipo de lectura es decir, al ancho campo del saber humano. Queremos combatir un enraizado prejuicio: la idea de que el comentario y la lectura crítica es un asunto de literatos. Todo ser humano, en la sociedad del conocimiento de nuestros días, debe estar armado intelectualmente para enfrentar los innumerables textos: científicos, filosóficos, artísticos, religiosos, unos prácticos y otros teóricos, que los libros, y los recursos de lo virtual, nos dan acceso. Pero ninguna computadora lee por uno. Quien no entienda un texto, está fuera de contexto.

Haga lo que haga, y se dedique a lo que se dedique.

Esta modesta contribución de la Biblioteca Nacional no resuelve nuestros grandes retardos educacionales, lo sabemos; pero en vez de darle vuelta infinitamente al tema de la comprobación de la no-lectura, entregamos un método, un camino, útil acaso a escolares, a padres de familia y a docentes. Este folleto, Valdelomar y una manera de leer, es un cuadernillo pensado para iniciar en la técnica de lectura a los más pequeños, en cómo encarar los textos, desde los primeros pasos, y no huir ante ellos. Queremos facilitar el trabajo en aulas, y no complicarlo más de lo que ya está. Nada hay de nuevo en este método. En el resto del orbe se sigue enseñando a utilizar herramientas de trabajo intelectual a los pequeños y a jóvenes. ¿Por qué los hemos sustituido por formulaciones complicadas e ineptas? Eso es un misterio que acaso merezca un concurso, el llamado a un ensayo mayor. No en esta ocasión. Ocupémonos de los pequeños, a tiempo de ser salvados de los descuidados hábitos que han llevado a generaciones de peruanos a evitar los libros, faltos de llaves o herramientas para entrar en ellos.

ABRAHAM VALDELOMAR
—
EL CABALLERO CARMELO
Cuentos

EL CABALLERO CARMELO.—EL VUELO DE LOS CÓNDORES.—HEBARISTO, EL SAUCE QUE MURIÓ DE AMOR.—LOS OJOS DE JUDAS.—YERBA SANTA.—TRES SENAS; DOS ASES.—EL BESO DE EVANS.—EL CÍRCULO DE LA MUERTE.—LAS VÍSCERAS DEL SUPERIOR.—EL HEDIONDO POZO SINISTRO.—EL PELIGRO SENTIMENTAL.—LOS CHIN-FU-TON.—WHONG-FAU-SANG.—LA TRAGEDIA EN UNA REDOMA.—CHAYMANTA HUAYÑUY.—FINIS DESOLATRIX VERITAE.—CON ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LAS OBRAS DEL AUTOR Y UN PRÓLOGO DE DON ALBERTO ULLOA SOTOMAYOR.

CIUDAD DE LOS REYES DEL PERÚ
1918





Abraham Valdelomar

EL CABALLERO CARMELO

(Ica 1888 - Ayacucho 1919) Escritor, periodista y caricaturista. Colaboró con caricaturas y dibujos en *Aplausos y silbidos*, *Monos y monadas*, *Gil Blas*, *Cinema*, entre otras publicaciones. En 1912 dirigió el diario *El Peruano*. Desarrolló una importante labor periodística, principalmente en el diario *La Prensa*, en cuyas páginas, entre 1915 y 1918, popularizó el seudónimo «El Conde de Lemos». En 1916, conjuntamente con escritores jóvenes como Federico More, Percy Gibson y Alfredo González Prada, fundó la revista literaria *Colónida*, que renovó la literatura peruana. Algunas de sus más importantes obras son las siguientes: *Con la argelina al viento* (1910), *La ciudad de los tísicos* (1911), *La Mariscala* (1914), *Las voces múltiples* (en colaboración, 1916), *Belmonte el trágico* (1918), *El caballero Carmelo* (1918), *Los hijos del sol* (1921), etc. En el año 2001 se editaron sus obras completas en cuatro volúmenes.

I

1 Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer, desde la reja, en el fondo de la plazoleta, un jinete en bellísimo caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, *sanpedrano pellón* de sedosa cabellera negra, y henchida alforja, que picaba espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor, que años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

–¡Roberto! ¡Roberto!

10 Entró el viajero al empedrado patio donde el ñorbo y la campanilla enredábanse en las columnas como venas en un brazo, y descendió en los de todos nosotros. ¡Cómo se regocijaba mi madre! Tocábalo, acariciaba su tostada piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia y llegó al jardín:

15 –¿Y la higuera? –dijo:

Buscaba, entristecido, aquel árbol cuya semilla sembrara él mismo antes de partir. Reímos todos:

–¡Bajo la higuera estás!...

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina.

- 20** Tocóle mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rozaban la cara y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebosante; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas tan ricas! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blancos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de
- 25** Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chíncha Baja; bizcochuelos, en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de piedra de Guamanga tallados en la feria
- 30** serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al entregárnoslo:

–Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor...

TIEMPO DE VALDELOMAR

El punto de vista de Jorge Basadre, la vinculación entre los diarios del comienzo del siglo veinte y la aparición literaria de Valdelomar.

La transformación lenta de la vida limeña al transcurrir el siglo se ha reflejado en la vida intelectual. El aumento de la difusión del periódico, el ensanchamiento de la información, de la lectura cotidiana, acrecientan la posibilidad de que se dediquen a él gentes sin mayores recursos económicos sin que por ello abandonen la literatura. Hay más cabida para el intelectual que vive de su cerebro, para el periodista literato al lado del abogado, del catedrático, del político, del empleado que escribe. Encarnación excepcional de eso fue Valdelomar. Anecdóticamente fue universitario, político, burócrata; perennemente fue periodista.

Jorge Basadre, Equivocaciones, Ensayos sobre literatura penúltima, Lima, 1928. En, Puccinelli, Jorge, Historia de la literatura. Lima, 1955, editorial Paideia.

–¿Y para papá? –le interrogamos, cuando terminó:

35 –Nada...

–¿Cómo? ¿Nada para papá?...

Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo:

–¡El Carmelo!

40 A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

–¡Cocorocóooo!...

TIEMPO DE VALDELOMAR

La revista «Colónida» y el punto de vista de José Carlos Mariátegui, gran amigo de Abraham Valdelomar.

Colónida representó una insurrección – decir una revolución sería exagerar su importancia- contra el academismo y sus oligarquías, su énfasis retórico, su gusto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa. Los colónidas virtualmente reclamaron sinceridad y naturalismo. Su movimiento, demasiado heteróclito y anárquico, no pudo condensarse en una tendencia ni concretarse en una fórmula. Agotó su energía en su grito iconoclasta y su orgasmo esnobista.

Una efímera revista de Valdelomar dio su nombre a este movimiento. Porque Colónida no fue un grupo, no fue un cenáculo, no fue una escuela, sino un movimiento, una actitud, un estado de ánimo. Varios escritores hicieron «colonidismo» sin pertenecer a la capilla de Valdelomar. El «colonidismo» careció de contornos definidos . Fugaz meteoro literario, no pretendió nunca cuajarse en una forma. No impuso a sus adherentes un verdadero rumbo estético. El «Colonidismo» no constituía una idea ni un método. Constituía un sentimiento ególatra, individualista, vagamente iconoclasta, imprecisamente renovador. Colónida no era siquiera un haz de temperamentos afines; no era al menos propiamente una generación. En sus rangos, con Valdelomar, More, Gibson, etc. militábamos algunos escritores adolescentes, novísimos, principiantes. Los colónidos no coincidían sino en la revuelta contra todo academicismo. Insurgían contra los valores, las reputaciones y los temperamentos académicos. Su nexa era una protesta; no una afirmación.

–¡Para papá! –dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia ya pasada, a quien acaeciera historia digna de relato; cuya memoria perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.

II

Amanecía, en Pisco, alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el frescor del alba, en el radiante despertar del día, sentíamos los pasos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Marchábase éste a la oficina. Despertaba ella a la criada. Chirriaba la puerta de la calle con sus mohosos goznes; oíase el canto del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la mañana, la alegría sana de la vida. Después mi madre venía a nosotros, nos hacía rezar, arrodillados en la cama con nuestras blancas camisas de dormir; vestíanos luego, y, al concluir nuestro tocado, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba éste a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mi madre, que llegaba todos los días, a la misma hora, con el pan calentito y apetitoso, montado en su burro, detrás de los dos capachos de cuero, repletos de toda clase de pan: hogazas, pan francés, pan de mantecado, rosquillas...

Madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana Jesús, lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de hule brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban.

Volaban las palomas, picoteábanse las gallinas por el grano, y entre ellas, escabullíanse los conejos. Después de su frugal comida, hacían grupo alrededor nuestro. Venía hasta nosotros la cabra, refregando su cabeza en nuestras piernas; piaban los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos, con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida; los patitos, recién sacados, amarillos como yema de huevo, trepaba en un *panto* de agua; cantaba desde su rincón, entabado, el Carmelo; y el pavo, siempre orgulloso, alharaquero y antipático, hacía por desdeñarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían, por lo bajo, comentarios sobre la actitud poco gentil del petulante.

75 Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapóse del corral el Pelado, un pollón sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de diez y siete años, flacos y golosos. Pero el Pelado, a más de eso, era pendenciero y escandaloso, y aquel día mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, habíase encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

80 En el almuerzo tratóse de suprimirlo, y, cuando mi padre supo sus fechorías, dijo, pausadamente:

–Nos lo comeremos el domingo...

Defendiólo mi tercer hermano, Anfiloquio, su poseedor, suplicante y lloroso.

85 Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el Carmelo todos miraban mal al Pelado, que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y de la sangre fina.

90 –¿Cómo no matan -decía en su defensa del gallo- a los patos que no hacen más que ensuciar el agua, ni al cabrito que el otro día aplastó un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y sólo sabe comer y gritar, ni a las palomas que traen la mala suerte?

Se adujo razones. El cabrito era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban; además, no estaba comprobado que hubiera muerto al pollo. El puerco mofletudo había sido criado en casa desde pequeño. Y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota blanca, subíanse a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darlo a sus polluelos.

95 El pobre Pelado estaba condenado. Mis hermanos pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran valiosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano y su señor, de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir la *sandía* inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Levantóse mi madre, acercóse al muchacho, lo besó en la frente, y le dijo:

100 –No llores; no nos lo comeremos...

III

110 Quien sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila, vecina a la Estación y torna por la calle del Castillo que hacia el sur se alarga, encuentra, al terminar una plazuela, donde quemaban a Judas el Domingo de Pascua de Resurrección, desolado lugar en cuya arena verdeguean a trechos las malvas silvestres. Al lado del poniente, en vez de casas, extiende el mar su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda orilla.

115 Termina en ella el puerto y, siguiendo hacia el sur, se va, por estrecho y arenoso camino, teniendo a diestra el mar y a izquierda mano angostísima faja, ora fértil, ora infecunda, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a oriente, extiéndese el desierto cuya entrada vigilan de trecho en trecho, corno centinelas, una que otra palmera desmedrada, alguna higuera nervuda y enana y los toñuces siempre coposos y frágiles. Ondeada en el terreno la hierba del alacrán, verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez, bermeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras únense en pequeños grupos, tal como lo hacen los peregrinos al cruzarlo y, ante el peligro, los hombres.

120 Siguiendo el camino, divísase en la costa, en la borrosa y vibrante vaguedad marina, San Andrés de los Pescadores, la aldea de sencillas gentes, que eleva sus casuchas entre la rumorosa orilla y el estéril desierto. Allí las palmeras se multiplican y las higueras dan sombra a los hogares, tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera caducado; que bastante castigo recibió la que sostuvo en sus ramas al traidor, y todas sus flores dan fruto que al madurar revientan.

130 En tan peregrina aldea, de caprichoso plano, levántanse las casuchas de frágil caña y estera leve, junto a las palmeras que a la puerta vigilan; limpio y brillante, reposando en la arena blanda sus caderas amplias, duerme, a la puerta, el bote pescador, con sus velas plegadas, sus remos tendidos como tranquilos brazos que descansan, entre los cuales yace con su muda y simbólica majestad, el timón grácil, la culebra que achica el agua mar afuera y las *sogas* retorcidas como serpientes que duermen. Cubre, piadosamente, la pequeña nave, cual blanca mantilla, la pescadora red circundada de caireles de liviano corcho.

140 En las horas de medio día, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la nave, teje la red el pescador abuelo; sus toscos dedos añudan el lino que ha de enredar al sorprendido pez; raspa la abuela el plateado lomo de los que

la víspera trajo la nave; saltan al sol, como chispas, las escamas, y el perro husmea en los despojos. Al lado, en el corral que cercan enormes huesos de ballenas, trepan los chiquillos desnudos sobre el asno pensativo, o se tuestan al sol en la orilla; mientras, bajo la ramada, el más fuerte pule un remo; la

145 moza, fresca y ágil, saca agua del pozuelo y las gaviotas alborozadas recorren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote duerme el hombre del mar, el fuerte mancebo embriagado por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorillas cruzadas, y en cuyos duros

150 pies de redondos dedos, piérdense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el aire y el sol, la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila, y el fuerte pecho desnudo que se levanta rítmicamente, con el ritmo de la Vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Por las calles no transitan al medio día las personas y nada turba la paz en

155 aquella aldea, cuyos habitantes no son más numerosos que los dátiles de sus veinte palmeras. Iglesia ni cura habían, en mi tiempo, las gentes de San Andrés. Los domingos, al clarear el alba, iban al puerto, con los jumentos cargados de corvinas frescas y luego, en la capilla, cumplían con Dios. Buenas gentes, de dulces rostros, tranquilo mirar, morigeradas y sencillas,

160 indios de la más pura cepa, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca, atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oráculo del buen Pachacamac, con la ofrenda en la alforja, la pregunta en la memoria y la Fe en el sencillo espíritu.

Jamás riña alguna manchó sus claros anales; morales y austeros, labios de

165 marido besaron siempre labios de esposa; y el amor, fuente inagotable de odios y maldecires, era entre ellos, tan normal y apacible como el agua de sus pozos. De fuertes padres, nacían, sin comadronas, rozagantes muchachos, en cuyos miembros la piel hacía gruesas arrugas; aires marinos henchían sus pulmones, y crecían sobre la arena caldeada, bajo el sol ubérrimo, hasta que

170 aprendían a lanzarse al mar y a manejar los botes de piquete que, zozobrando en las olas, les enseñaban a domeñar la marina furia.

Maltones, musculosos, inocentes y buenos, pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco unía a las parejas que formaban un nuevo nido, compraban un

175 asno y se lanzaban a la felicidad, mientras las tortugas centenarias del hogar

180

paterno veían desenvolverse, impasibles, las horas; filosóficas, cansadas y pesimistas, mirando con llorosos ojos desde la playa, el mar, al cual no intentaban volver nunca; y al crepúsculo de cada día, lloraban, pero, hundido el sol, metían la cabeza bajo la concha poliédrica y dejaban pasar la vida llenas de experiencia, sin Fe, lamentándose siempre del perenne mal, pero inactivas, inmóviles, infecundas, y solas.

IV

185

Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso, justiciero y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendido color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora, acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasoles, su cuerpo de color caramelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes que estacas musulmanas y agudas defendían, cubiertas de escamas, parecían las de un armado caballero medioeval.

190

Una tarde, mi padre, después del almuerzo, nos dio la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el Carmelo, cuyo prestigio era mayor que el del alcalde, no era un gallo de raza. Molestóse mi padre. Cambiáronse frases y apuestas; y aceptó. Dentro de un mes toparía el *Carmelo* con el *Ajiseco* de otro aficionado, famoso gallo vencedor, como el nuestro, en muchas lides singulares. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El Carmelo iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros. ¿Por qué aquella crueldad de hacerlo pelear? ...

195

200

Llegó el terrible día. Todos en casa estábamos tristes. Un hombre había venido seis días seguidos a preparar al Carmelo. A nosotros ya no nos permitían ni verlo. El día 28 de julio, por la tarde, vino el preparador y de una caja llena de algodones sacó una medialuna de acero con unas pequeñas correas: era la navaja, la espada del soldado. El hombre la limpiaba, probándola en la uña, delante de mi padre. A los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica, sacaron al gallo que el hombre cargó en sus brazos como a un niño. Un criado llevaba la cuchilla y mis dos hermanos le acompañaron.

205

–¡Qué crueldad! –dijo mi madre.

210 Lloraban mis hermanas, y la más pequeña, Jesús, me dijo en secreto, antes de salir:

–Oye, anda junto con él... Cuídalo... ¡Pobrecito!...

Llevóse la mano a los ojos, echóse a llorar y yo salí precipitadamente y hube de correr unas cuadras para poder alcanzarlos.

V

215 Llegamos a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta. Banderas peruanas agitábanse sobre las casas por el día de la Patria, que allí sabían celebrar con una gran jugada de gallos a la que solían ir todos los hacendados y ricos hombres del valle. En ventorrillos, a cuya entrada había arcos de sauce envueltos en colgaduras, y de los cuales pendían alegres quitasueños de cristal, vendían *chicha de bonito*, *butifarras*, pescado fresco asado en brasas y anegado en cebollones y vinagre. El pueblo los invadía, parlanchín y endomingado con sus mejores trajes. Los hombres de mar lucían camisetas nuevas de horizontales franjas rojas y blancas, sombreros de *junco*, alpargatas y pañuelos anudados al cuello.

220

Nos encaminamos a la cancha. Una frondosa higuera daba acceso al circo, bajo sus ramas enarcadas. Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló. Al frente estaba el juez y a su derecha el dueño del paladín *Ajiseco*. Sonó una campanilla, acomodáronse las gentes y empezó la fiesta. Salieron por lugares opuestos dos hombres, llevando cada uno un gallo. Lanzáronlos al ruedo con singular ademán. Brillaron las cuchillas, miráronse los adversarios, dos gallos de débil contextura, y uno de ellos cantó. Colérico respondió el otro echándose al medio circo; miráronse fijamente; alargaron los cuellos, erizadas las plumas, y se acometieron. Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la muchedumbre, y a los pocos segundos de jadeante lucha, cayó uno de ellos. Su cabecita afilada y roja, besó el suelo, y la voz del juez:

230

235 –¡Ha enterrado el pico, señores!

Batió las alas el vencedor. Aplaudió la multitud enardecida, y ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo. La primera jornada había terminado. Ahora entraba el nuestro: el Caballero Carmelo. Un rumor de expectación vibró en el circo:

240 –¡El *Ajiseco* y el *Carmelo*!

–¡Cien soles de apuesta!...

Sonó la campanilla del juez y yo empecé a temblar.

En medio de la expectación general, salieron los dos hombres, cada uno con su gallo. Se hizo un profundo silencio y soltaron a los rivales. Nuestro

245 *Carmelo* al lado del otro era un gallo viejo y achacoso; todos apostaban al enemigo, como augurio de que nuestro gallo iba a morir. No faltó aficionado que anunciara el triunfo del *Carmelo*, pero la mayoría de las apuestas favorecía al adversario. Una vez frente al enemigo, el *Carmelo* empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente. El otro, que en verdad no

250 parecía un gallo fino de distinguida sangre y alcurnia, hacía cosas tan petulantes cuan humanas: miraba con desprecio a nuestro gallo y se paseaba como dueño de la cancha. Enardecieron los ánimos de los adversarios, llegaron al centro y alargaron sus erizados cuellos, tocándose los picos sin perder terreno. El *Ajiseco* dio la primera embestida; entablóse la lucha; las

255 gentes presenciaban en silencio la singular batalla y yo rogaba a la Virgen que sacara con bien a nuestro viejo paladín.

Batíase él con todos los aires de un experto luchador, acostumbrado a las artes azarasas de la guerra. Cuidaba poner las patas armadas en el enemigo pecho, jamás picaba a su adversario –que tal cosa es cobardía– mientras que

260 éste, bravucón y necio, todo quería hacerlo a aletazos y golpes de fuerza. Jadeantes, se detuvieron un segundo. Un hilo de sangre corría por la pierna del *Carmelo*. Estaba herido, mas parecía no darse cuenta de su dolor. Cruzáronse nuevas apuestas en favor del *Ajiseco* y las gentes felicitaban ya al poseedor del menguado. En su nuevo encuentro, el *Carmelo* cantó, acordóse

265 de sus tiempos y acometió con tal furia que desbarató al otro de un solo impulso. Levantóse éste y la lucha fue cruel e indecisa. Por fin, una herida grave hizo caer al *Carmelo*, jadeante...

–¡Bravo! ¡Bravo el *Ajiseco*! –gritaron sus partidarios, creyendo ganada la prueba.

270 Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha y con acuerdo de cánones dijo:

–¡Todavía no ha enterrado el pico, señores!

En efecto, incorporóse el *Carmelo*. Su enemigo, como para humillarlo, se

275

acercó a él, sin hacerle daño. Nació entonces, en medio del dolor de la caída, todo el coraje de los gallos de Caucato. Incorporado el *Carmelo*, como un soldado herido, acometió de frente y definitivo sobre su rival, con un estocada que lo dejó muerto en el sitio. Fue entonces cuando el *Carmelo* que se

LA POESÍA DE VALDELOMAR

La periodista uruguaya María Esther Gillo ha relatado una conversación sostenida con Pablo Neruda, en Isla Negra, el año 1971, poco después de que el célebre poeta chileno obtuviera el premio Nóbel de Literatura. En el diálogo interviene también Matilde Urrutia, la esposa.

«¿Por qué no recita algunos de los poemas que hizo para Matilde? -demanda María Esther. -No, no -dice Matilde- recita aquel poema que te gusta tanto, el del peruano Abraham Valdelomar.

-Sí, ese es un poema que me gusta especialmente. -confirma el escritor-. Tiene algo muy singular: con adjetivos comunes, vulgares, consigue un verdadero espíritu poético. Escuche. Es curioso, no tiene un solo adjetivo exquisito, rebuscado; todos son corrientes. Escuche:

Tristitia

Mi infancia, que fue dulce serena, triste y sola,
Se deslizó en la paz de una aldea lejana,
Entre el manso rumor con que muere una ola
Y el tañer doloroso de una vieja campana.

Dábame el mar la nota de su melancolía;
el cielo, la serena quietud de su belleza;
los besos de mi madre, una dulce alegría
y la muerte del sol una vaga tristeza.

En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado, del mar,
y lo que él me dijera aun en mi alma persiste
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar.

Esta poesía me seduce por su sencillez y su belleza – concluye el poeta»

Cfr. *Brecha, Montevideo*. 24 de setiembre de 1993, p. 21.

desangraba, se dejó caer, después que el *Ajiseco* había enterrado el pico. La jugada estaba ganada y un clamoreo incesante se levantó en la *cancha*.
280 Felicitaron a mi padre por el triunfo, y, como esa era la jugada más interesante, se retiraron del circo, mientras resonaba un grito de entusiasta:

–¡Viva el *Carmelo*!

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo condujimos a casa, atravesando por la orilla del mar el pesado camino, y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador que desfallecía.
285

VI

Dos días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados. Mi hermana Jesús y yo, le dábamos maíz, se lo poníamos en el pico; pero el pobrecito no podía comerlo ni incorporarse. Una gran tristeza reinaba en la casa. Aquel segundo día, después del colegio, cuando fuimos yo y mi hermana a verlo, lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar. Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos, le poníamos en el pico rojos granos de granada. De pronto el gallo se incorporó. Caía la tarde y, por la ventana del cuarto donde estaba, entró la luz sangrienta del crepúsculo. Acercóse a la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo largo rato en la contemplación del cielo. Luego abrió nerviosamente las alas de oro, enseñoreóse y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomóse, y estiró sus débiles patitas escamosas y, mirándonos, mirándonos amoroso, expiró apaciblemente.
290
295

Echamos a llorar. Fuimos en busca de mi madre, y ya no lo vimos más. Sombría fue la comida aquella noche. Mi madre no dijo una sola palabra y, bajo la luz amarillenta del lamparín todos nos mirábamos en silencio. Al día siguiente, en el alba, en la agonía de las sombras nocturnas, no se oyó su canto alegre.
300

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez: el *Caballero Carmelo*, flor y nata de paladines y último vástago de aquellos gallos de sangre y raza, cuyo prestigio unánime fue orgullo, por muchos años, de todo el verde y fecundo valle de Caucato.
305

Obras completas / Abraham Valdelomar; edición, prólogo, cronología, iconografía y notas de Ricardo Silva Santisteban. -- Tomo II. -- Lima: Petróleos del Perú, 2000.-- pp. 135-145.

EL CABALLERO CARMELO

Abraham Valdelomar

I. COMPRENSIÓN:

1. Has leído la totalidad del texto.

Este cuento consta de seis partes. Completa el cuadro indicando lo que te permite estructurar el relato. Para ser lo más preciso posible, es suficiente usar una o dos palabras para cada respuesta.

Partes

¿Dónde?

¿Cuándo?

¿Quién?

¿Por qué?

1.-

2.-

3.

4.

2.- Lee de nuevo la primera parte y presenta a los protagonistas.

3.- Vuelve a leer la segunda parte: di cuáles son los nuevos protagonistas y explica cómo esta parte permite conocer mejor el ambiente familiar en el que se desarrolla el relato, los lazos afectivos que unen los unos a los otros. (En el texto, es el capítulo II y el III también porque sigue la descripción lugareña: «Quien sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila...»)

4.- Lee otra vez la cuarta parte (que es el capítulo IV, que se abre con la descripción del gallito: «Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja...»)

a. explica cuál es el acontecimiento mayor que turba a la familia.

b. precisa cuál es el protagonismo aquí.

c. enumera en orden cronológico lo que sucede en esta parte.

d. a partir de «Sonó la campanilla del juez...» hasta el final de esta cuarta parte, presenta los momentos del combate.

5.- Termina la lectura del cuento:

(capítulo VI «Dos días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados». Propón dos frases cortas para resumir el contenido de esta última parte.



II. PROFUNDIZAR

- 1.- Existe en este cuento una correlación estrecha en el momento del día evocado y lo que transcurre:

Así en la primera parte, «Un día después del desayuno...» arranca la acción cuando es de mañana, y lo que ocurre es un momento de felicidad pues se trata de la vuelta a casa del primogénito después de una larga ausencia.

*Busca en las otras partes la correlación entre el momento del día evocado y observa si existe o no un paralelismo con la tonalidad de lo que sucede (alegría, tristeza, angustia, ...)

- 2.- En esta familia unida, la madre ocupa un lugar importante.

Observa si está presente de la misma manera en cada parte. A partir de allí, intenta definir su papel.

- 3.- En las descripciones, no faltan enumeraciones que evocan la impresión de abundancia, de felicidad. Así en la primera parte cuando se enumera los regalos traídos por el hermano mayor: «Quesos frescos...» hasta «...con los colores blanco y rojo.»

*Cita en las partes 2 y 3 enumeraciones que sugieren lo mismo.

- 4.- En la tercera parte, en el momento del combate, el Caballero Carmelo no es el favorito de las apuestas. Anota los elementos que permiten corroborarlo.

III. ESCRIBIR:

- 1.- Propón un resumen de este cuento respetando el tiempo del pasado.

- 2.- Transforma el principio del relato (la primera parte) transponiéndolo en nuestra época. Toma en cuenta los elementos de nuestra modernidad que forman nuestro entorno, como son la ciudad, los vehículos, los departamentos modernos...



REDACCIÓN

DE UN COMENTARIO

(Puedes tomarlo como modelo, por su división en partes y el avance paulatino de una argumentación, pero precisas tener otros contenidos, otras ideas). El comentario es libre de contenidos, pero sigue un orden, que facilita que tú lo escribas, y que otros te entiendan y te lean.

El cuento que voy a comentar es de Abraham Valdelomar, escritor iqueño, nacido en 1888. Por lo que nos han explicado en clase, su padre era empleado público y tuvo que vivir en Pisco, que tenía menos habitantes que hoy, por eso en sus recuerdos provincianos, el escritor la llama aldea. Valdelomar va a hacer una carrera muy brillante, «universitario, político, burócrata», muchas cosas. Un historiador, Jorge Basadre, dice que ese éxito de Valdelomar tiene que ver con la aparición de un periodismo muy dinámico. Estamos hablando de los primeros años del siglo veinte peruano. Esto es lo que puedo decir del autor y de la localización, o sea, Pisco, que aparece desde la primera línea de la segunda parte del relato, «amanecía, en Pisco, alegremente».

Hay diversos temas posibles, pero he adoptado el punto de vista del niño que lo relata. Es esta historia, una contada por uno de los personajes, el niño mismo. Quién sabe, el propio Valdelomar, quien en la vida real fue parte de una familia numerosa, de seis hijos.

Pero antes de comenzar, diré lo que me parece es el tema central del cuento. Lo que el niño y toda su familia sienten por ese gallito tan valiente. Y las preguntas que nos podemos hacer son las siguientes. Primero, ¿por qué Valdelomar toma como ejemplo un gallo de pelea? ¿Qué nos quiere decir, qué mensaje, valores, quiere poner en relieve?

Esta es pues la primera parte de mi explicación. Comienzo con la vida del niño. Antes que aparezca el gallo en el relato, vemos un niño con una gran familia. Está la madre (línea 11). Hay una criada, la hermana que se llama Jesús (línea 60) Y muchos animales, palomas, la cabra, pollitos, el pavo, un gallo medio malcriado que se llama «El Pelado». Con la noticia de que no se lo van a comer, acaba esta presentación de la historia.

La cuarta parte, (sabemos que es la cuarta porque lleva en números romanos el IV) viene a ser la parte central de la historia. Se presenta al gallo, físicamente «Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso, justiciero y prudente». En clase, el profesor nos ha explicado que todas estas palabras, «esbelto, magro -que quiere decir flaco-, musculoso y austero» son adjetivos, o sea, el autor quiere no solamente presentar el animal sino calificarlo.

Esta cuarta parte trae también la noticia y la intervención del padre, que hace saber que ha apostado para la jugada de gallos para el 28 de julio, «¡Incluso ya se sabe el nombre de su rival, otro gallo que se llama «El Ajiseco». Que la jugada de gallos es peligrosa el autor lo hace saber porque dice primero que «El Carmelo ira a una lucha a muerte» (línea 196) y porque el texto pone un adjetivo; «Llegó la terrible hora».

Además, encontramos la descripción del combate. Las hermanas ya están llorando, dicen «qué crueldad», dicen «pobrecito», pero igual todos parece que van al pueblo de San Andrés. Parece que hay una fiesta, «banderas peruanas, butifarras, chicha, etc». El lugar donde se realiza la pelea la llaman «la cancha». Hay un juez, una campana, cada gallo lleva cuchillas que están amarradas a sus patas. Antes que comience la pelea, me parece, hay otra, porque el juez dice «ha enterrado el pico, señores», que es cuando el gallo muere o no puede más.

La pelea misma, Valdelomar la acorta. Sabemos que el otro gallo es como superior, «es un gallo fino, de distinguida sangre y alcurnia». En el diccionario he visto que alcurnia quiere decir aristocracia. Entonces, es como si «El Carmelo», fuera un gallo corriente que se enfrenta a otro, mucho mejor preparado para esos combates. Por eso es que, me parece, que hay más apuestas, según el cuento, para «El Ajiseco», que para el gallo de la familia del narrador. Bueno, la historia parece que va a acabar

mal para «El Carmelo», está a punto de perderla, de plantar el pico como dice el juez, pero no. Se pone de pie y le da un golpe, una estocada, y mata de ese golpe al «Ajiseco». El niño cuenta que pasan dos días tratando de darle ánimo y ayudarlo, porque está el gallo Carmelo herido. Pero el gallito no logra recuperarse y también muere.

Para concluir, creo que la clave del cuento está al final. En lo que dice Valdelomar: «así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de la niñez, el Caballero Carmelo, flor y nata de los paladines». En definitiva, es el recuerdo de la infancia del autor. Luego, es la defensa de un «héroe ignorado». Por último, es importante el adjetivo que le da al Carmelo, de «paladín». ¿Y qué es un paladín? El diccionario dice, primero, que es «Caballero que en las guerras se distingue por sus hazañas». Pero también dice «defensor denonado de una causa».

SUGERENCIAS DE OTROS TEMAS PARA LA COMPOSICIÓN DEL COMENTARIO

En el texto que nos precede, el tema central es el significado del sacrificio y muerte del gallito, y el punto de vista que hemos seguido es la huella personal, la mirada del narrador, la del niño.

No debes tomar ese punto de vista para el concurso, no vale, ya está hecho.

Pero hay otros temas posibles:

1. La familia, las hermanas, el padre, la madre (casi invisible en la historia).
2. El hermano que regresa.
3. La personalidad y carácter del «Carmelo».
4. El padre mismo, empleado público y gallero.
5. El ambiente de la provincia, el culto a las peleas de gallo, el 28 de julio. ¿Por qué?.

Ahora bien, si tomas uno de estos temas, o algún otro que se te ocurra, de todos modos para proceder a la redacción del comentario que pedimos, debes siempre seguir estos procedimientos.

1. Lee bien el cuento por completo
2. Habla de lo que dice el cuento, de lo visible y de lo invisible (esto último, saldrá a la luz gracias a las preguntas que tú, y solamente tú, le haces al texto mismo).

-
3. Cumple con el método, o sea, di quién es el autor, para el caso, Valdelomar. Utiliza el material que viene en la misma publicación.
 - Debes decir en qué época fue escrito, sitúa el texto en el tiempo y en la localidad. ¿Por qué una ciudad de provincia ?.
 4. No te olvides decir qué tema adoptas, si el de familia, del medio social, de la personalidad del gallito, el significado del combate. Tienes que decirlo con claridad y sencillez.

Es la parte que tienes que acostumbrarte a usar.

VOY A DECIR QUE

5. Dices en cuántas partes vas a abordar tu tema.
Y comienzas a desarrollar.

Usa las articulaciones:

«En primer lugar»

«En segundo lugar»

«Además»

«Cabe añadir que»

6. Pasa de la primera parte a la segunda parte de tu explicación, de lo más sencillo a lo más complicado, en ese orden.
7. ¿Ya te has explicado ? Ya pues, acaba. Di un par de frases de resumen. No más. Y a otro asunto que la vida es corta.

EJERCICIO DE REDACCIÓN

SOBRE VALDELOMAR

Reglas

- 1- No se ingresa directamente al tema. En primer lugar se le sitúa.
 - a) autor (en breves pinceladas)
 - b) tiempo (del relato, del lugar)
 - Usa los materiales que están en los recuadros. Son preciosa información sobre el autor y su época que hemos reunido para que tengas todos los elementos para este trabajo. Pero, más adelante, busca en los libros, diccionarios, con tu maestro, tu familia, y siempre, ya sabes, consultando a Internet. No para «bajarte» y plagiar un texto ajeno sino para que lo encuentres, lo uses, como te enseñamos, como los ladrillos de tu pared, no como repetición sino como creación personal y libre.
2. Luego de los diversos asuntos que se puede tratar sobre el tema, conviene elegir un aspecto. Eso hay que decirlo claramente, citar una frase del cuento y explicarse el por qué de esa elección.
3. Luego, se anuncia en cuántas partes se va uno a explicar. Y se comienza el desarrollo.
4. Como puede verse, este desarrollo ha comenzado por lo más simple, la pelea de gallos, el afecto que la familia le ha dado al gallito. Ahora bien, si nos quedásemos allí, sería un trabajo meramente descriptivo, una perífrases del autor. Hay que atacar por la pregunta hecha en el punto dos, es decir, la problemática. En efecto, ¿cuál era la intención del autor, Valdelomar, qué emociones quiso despertar en sus lectores ? ¿Quería apoyar o abolir las peleas de gallo? Es decir, ¿para qué escribe este cuento?
5. Ya te has explicado. Concluye. Ahora eres tú el que hablas, el que opinas. El truco es fácil. Léete a ti mismo ahora, y concluye, o sea, vuelve a decir, pero de manera rotunda. Seca, breve.

BASES DEL CONCURSO

Participantes

Este concurso está dirigido a escolares de todo el país entre los 11 y los 15 años cumplidos hasta el 01 de febrero del 2007.

Bases

1. Los participantes deberán leer, en primer lugar, el texto publicado en la colección «Primeros pasos». Luego, deberán responder, en la sección recortable de la publicación, los ejercicios que les pedimos. Por último, deben desarrollar un corto trabajo personal, sirviéndose del material adicional incluido en las últimas páginas, que se entrega sobre el cuento de Valdelomar y el escritor mismo, dentro de los recuadros. Con esos materiales, debe proponer un comentario personal.
2. Pedimos dos cosas a la vez, unos ejercicios bien hechos y un comentario corto y claro, según los cánones que establecemos. No pedimos un cuento, ni un ensayo, ni una obra original. Se premiará en cambio las buenas respuestas al corto cuestionario, la libertad y elegancia personal, la brevedad y claridad del comentario. No buscamos genios sino muchachas y muchachos que razonen y se expliquen correctamente.
3. No podrán participar en el concurso hijos o familiares directos de personas que laboran en la Biblioteca Nacional del Perú.
4. Hay una sola categoría: escolares peruanos de 11 a 15 años.
5. Los trabajos deberán ser enviados en cuatro copias, en sobre manila cerrado. Al interior del sobre manila, en otro sobre cerrado aparte, serán consignados los datos personales del participante: nombres y apellidos, dirección y número telefónico, nombres de los padres o apoderados y nombre del colegio al cual pertenece. La no inclusión de esta hoja invalida la participación del candidato.
El participante recibirá una constancia de recepción.
6. Los textos serán recibidos desde el día **lunes 2 de abril del 2007**, al **lunes 2 de julio del 2007**, en cualquiera de las dos sedes de la Biblioteca Nacional del Perú ubicadas en Av. De la Poesía 160, San Borja (Nueva sede) y Av. Abancay, cuarta cuadra, Cercado de Lima. No se recibirán trabajos por correo electrónico. En provincias, el sello del correo tiene valor legal, es decir, será la prueba que se depositó en las fechas señaladas, aunque llegue posteriormente a nuestras manos.
7. Cualquier aclaración o información adicional sobre el concurso se podrá solicitar en el teléfono 513-6900 en el correo electrónico concursos@bnp.gob.pe. Asimismo, las bases se podrán consultar en el portal de la Biblioteca Nacional del Perú: www.bnp.gob.pe

Jurado

El Jurado estará compuesto por cuatro personalidades, dos del mundo académico y dos de la Biblioteca Nacional del Perú. La decisión del jurado es inapelable. El jurado podrá declarar desierto el premio.

Premio

8. El premio al mejor trabajo de redacción y comprensión de lectura consistirá en **200 dólares americanos** (S/. 640 soles) más un diploma de Honor al Mérito otorgado por la BNP. Habrá un único premio.

Resultados del Concurso y Premiación

9. La Biblioteca Nacional del Perú dará a conocer los resultados del concurso el **lunes 16 de julio del 2007**, en los mismos medios y lugares utilizados para la convocatoria.

El director de la Biblioteca Nacional del Perú hará entrega del premio a la muchacha o muchacho ganador, en ceremonia pública a realizarse en la nueva sede de la BNP. Obviamente, conviene que sea acompañado por algún familiar.

La sola presentación de los trabajos a este concurso implica la aceptación de estas bases.

Hecho el Depósito Legal: 2007-02616.

Biblioteca Nacional del Perú. Av. De la Poesía 160, Lima 41 / Teléfono: 513-6900 / Fax: 225-9185 / <http://www.bnp.gob.pe> / Correo electrónico: bnp@bnp.gob.pe
